



NUM. 40. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID : por números sueltos á 2 rs. ; tres meses 22 rs. ; seis meses 42 rs. ; un año 80 rs. MADRID 4 DE OCTUBRE DE 1868. PROVINCIAS : tres meses 28 rs. ; seis meses 50 rs. ; un año 96 rs. CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.— AMERICA Y ASIA , 10 á 15 pesos. AÑO XII.

## REVISTA DE LA SEMANA.



un nos parece un sueño el triunfo que acaba de alcanzar la revolucion sobre los elementos conjurados para la ruina de la Patria, ruina

lucion que viene á restituir al pais sus derechos, robados uno á uno, ya hipócrita, ya descaradamente, invadiendo para ello hasta el asilo inviolable de la conciencia? El trabajo, la ciencia, el comercio, la poesía, el arte, la literatura, la industria, todas las manifestaciones, en fin, de la actividad humana, sólo pueden vivir y desarrollarse, y cumplir su destino en la tierra respirando el ambiente puro de la libertad.

Iniciada la última evolucion revolucionaria en Cádiz, cuna, segunda vez, de nuestras libertades en el presente siglo, por el Pueblo, la Marina y el Ejército, en pocos dias ha paseado su victoriosa bandera de uno á otro confin de la Península, siendo Madrid una de las primeras poblaciones que ha respondido al grito santo de aquella hermosa ciudad de Andalucía. El pueblo de Madrid ha confirmado una vez mas la cordura de sus habitantes, entregándose á las expansiones propias del caso, sin que ningun incidente lamentable haya venido á turbar el orden y la alegría desde el momento de manifestar su adhesion.

No bien principiò á circular la voz de que las tropas liberales habian vencido á las que el gobierno habia mandado á batirlas, el triste y amenazador aspecto de Madrid varió como por encanto, viéndose instantáneamente lucir en todas las casas, colgaduras, y en muchas de ellas banderas con letreros alusivos á las circunstancias, y recorrer las calles la mayoría de sus moradores, confundiéndose en el comun regocijo todas las clases sociales, y victoreando á la Libertad, á España, á la Marina, al Ejército, y á los iniciadores y principales caudillos de la revolucion.

Desde la noche del mártes, la iluminacion ha sido tambien general, y numerosos grupos, con armas y sin ellas, han circulado por la poblacion, haciendo salvas de júbilo, ó cantando y celebrando la victoria al compás de músicas populares. ¡Qué magnífica sorpresa, qué ejemplo tan sublime de sensatez, de dignidad y de nobleza para los que se figuraban que

el pueblo español era una raza de miserables ilotas condenada á perpétua esclavitud y miseria! ¡Regístrese la historia de todas las naciones, y véase si hay alguna que dueña de sí misma, en tan supremos instantes, haya sabido hacer un uso mas noble de su fuerza y de sus derechos!

No, España no estaba muerta; si era un cadáver á los ojos de los poderes ciegos, de los egoistas y de los indiferentes, asi á los dolores como á la ventura de la Patria, porque esos no conocen otra Patria que á sí mismos; los que la amaban, los que la habian acompañado en sus infortunios, los hombres de fé en el porvenir y en el triunfo inevitable del derecho, estos conocian perfectamente que conservaba energía sobrada para salvarse; y esos movimientos, que muchos consideraban como síntomas de agonía, eran precisamente lo contrario, eran las palpitaciones de la vida, que pugnaba por desarrollarse libremente.

EL MUSEO, que siempre ha consignado en sus páginas los sucesos memorables, llamando en su auxilio á las artes hermanas para realzarlos de la manera más digna que le es posible, publica hoy los retratos de los eminentes patricios don Salustiano de Olózaga, que en ocasion solemne anunció el próximo fin de una dinastía que se habia hecho incompatible con la existencia y el decoro de la nacion; del general Prim, que dedicado con incansable perseverancia á la obra que inició en enero de 1866, y luchando con dificultades inmensas, la ve por fin realizada; del ilustre marino Topete, uno de los héroes del Callao, que en setiembre último dió el grito de libertad en Cádiz; del bravo general duque de la Torre, jefe de las fuerzas expedicionarias de Andalucía que derrotaron á las del gobierno de Madrid en el puente de Alcolea; y el de Sagasta, el tribuno entusiasta, el amigo querido del pueblo.

VENTURA RUIZ AGUILERA



## LA AGONIA DE CLEOPATRA.

POR LA NOCHE.

LA ORGIA REAL.

I.

Hacia el Sur de la ciudad, sobre un promontorio apenas visible que se elevaba sobre la playa, no lejos del templo de Isis y dominando la población y sus jardines, alzabase en medio de un bosque sacro de palmeras y sicomoros, el palacio de los Ptolomeos, atrevida construcción titánica que erguía sus formas de terso jaspe, soberbia aglomeración de material precioso que las riquezas y el genio acumularon en aquel sitio, desde el cual se descubrían la vasta extensión del mar, la ciudad entera, los bosques y las llanuras egipcias, las infinitas soledades de arenas, sábanas inmensas, como hoy diríamos, que se prolongaban, desarrollándose ante la vista hasta perderse en la línea figurada del horizonte, profusamente esmaltadas de suntuosas villas ó quintas de recreo, verdes oasis, grupos de palmeras silvestres y de monumentos religiosos.

No lejos, pues, de este maravilloso alcázar, Cleopatra había mandado construir apresuradamente una especie de monumento fúnebre en forma de torreón cónico en su cúspide y cuadrado en la base, que mas bien se asemejaba á una tosca fortaleza ciclópica, compuesta de inmensos peñascos de granito rojo que parecían haber sido cortados y trasladados allí por las hercúleas fuerzas de una generación de gigantes; maravillas de que aun en nuestro tiempo pueden darnos idea las famosas pirámides egipcias.

La solidez de aquella obra improvisada podía desafiar á cualquier ataque de la naturaleza ó del hombre, y las conjeturas del público relativamente al objeto de aquella construcción salvaje y ruda, se estrechaban en su misma aglomeración arquitectónica, que separándose de todo orden y sistema, parecía tener por único objeto la solidez.

En rededor de este misterioso edificio, y como un extraño accesorio en armonía con su misma estrañeza, alzábanse sobre peñascos, figurando conos y pedestales truncados, grupos de esfinges, escarabajos enormes sostenidos por cariátides, monstruos de grotescas formas y toros de astas doradas, alusión al buey Apis, tan venerado entre los egipcios.

Al pie de estas raras mistificaciones idólatras, el artífice, en la exaltación del genio, había esculpido geroglíficos y oscuros anagramas inventados por la misma reina para poner á prueba el presuntuoso ingenio de sus sabios cortesanos, que tanto blasonaban de serlo, y que sin embargo, no alcanzaban á descifrar el portento, cuya clave guardaba Cleopatra y se halló despues entre los diges de tocador de la famosa reina, en una preciosísima caja de sándalo saturada de perfumes de Arabia.

En esa misma noche que hemos visto descender silenciosa y triste sobre la ciudad de Alejandro, el régio alcázar, el torreón ya citado y el templo de Isis, que formaban en un corto radio el triple nudo monumental del genio, y que al parecer se comunicaban por medio de galerías subterráneas, brillaban envueltos en una radiante masa luminosa, que rodeaba aquellas mágicas mansiones con una atmósfera de fuego.

Los muros del hipódromo, tersos y abrigados, oponían de frente á corta distancia las bruñidas agujas de sus obeliscos, cuya serie prolongábase hasta la puerta Canópica, y en los cuales reverberaba la iluminación, verdadera maravilla óptica en medio de aquel cuadro encantador á la vez que lúgubre: el estadio, el teatro, el circo, los templos y monumentos todos, y por fin la ciudad entera se iluminaron tambien luego súbitamente, como por un soplo mágico.

Alejandría estaba verdaderamente hermosa en medio de aquel vasto océano de luz vivísima; sus calles, cuidadosamente empedradas de granito y lava, retemblaron de pronto al són de estrépitosas músicas: un bullicio atronador surgía por do quier, reemplazando al funeral silencio, y la alegría, la felicidad y la dicha parecían haber restituido la vida á aquel pueblo jadeante, mortalmente amenazado acaso por la segur del triunviro Octavio y sus vencedoras legiones.

Al propio tiempo, y cuando aquel bullicio parecía ya rayar en tumulto frenético, cuando el rumor de las brisas marinas devolvía, suspirando, sus ecos voluptuosos, cuando el delirio de la capital rayaba en sus últimos límites y sus moradores recorrían las calles, ébrios de un entusiasmo de que ellos mismos no sabían darse cuenta; las puertas de ébano tachonadas de oro y nácar que daban ingreso al átrio del palacio de los Ptolomeos, abriáanse de par en par, dejando ver entre dos series de guerreros perfectamente armados la triple columnata de pórfido laminada de oro mate, y en cuyos resaltos, sobre su misma ábside, figurando conos truncados hasta el coronamiento de apariencia aérea, alzábanse las estatuas de los Fa-

raones rudamente talladas en granito rosa, bajo figurados templetos de cornerina.

El gentío penetraba sin ceremonia en el régio alcázar, invadiendo los pórticos, los patios claustrales, las galerías y escalinatas de mármol con ensambladura de cedro que rodeaban deliciosos jardines: multitud de personas de todas edades y sexos, de todas condiciones, pobres y ricos, sacerdotes y sacerdotisas con el traje y atributos de sus propios ritos, guerreros, nobles y plebeyos, publicanos, magistrados, matronas, vestales y mancebos, todos, en fin, se confundían y mezclaban sin etiqueta alguna, poseídos de una misma idea, aunque guardando el orden y compostura que requería el sitio y acaso tambien el objeto de aquella convocatoria estraña é incomprensible, que sólo obedecía visiblemente á una simple consigna recibida por el jefe de la cohorte que respondía de ese mismo orden.

Los salones espléndidos de aquella mansion suntuosa brillaban á porfía iluminados de innumerables luces que ardían en candelabros y lámparas de oro pendientes de la ensambladura de cedro del artesano, y encendidas por esclavos etiopes: riquísimas tapicerías de Persia cubrían sus paredes tersas de bruñido estuco, y en los interlocutorios, bajo pabellones afligranados, de oriental belleza, veíanse estatuas de fabulosas deidades, entre las cuales sobresalían por su colosal tamaño las de Isis, Osiris y el buey Apis, inferiores á la del sol, cuyo disco flamíjero y enorme elevábase sobre un soberbio trono de nubes purpúreas en el fondo de la gran pieza, rodeado de estrellas refulgentes y signos cabalísticos.

El pavimento de rico mosaico en mármol negro brillaba como un terso espejo, figurando un lago inmóvil, cubierto á trechos por pieles de leopardo y preciosos ramilletes de flores, colocados en vasos etruscos.

Ardían humeantes en pebeteros de coral y pórfido el áloes, el incienso y otros perfumes que formaban una atmósfera iluminada por las mil luces, como una lluvia prismática de plata, azul y oro.

Sobre el ancho friso de la columnata, enlazábase un estraño sistema de tracería al estilo salomónico de la época, y en el cual se mezclaban en fantástico desorden serpientes y cocodrilos, los monstruosos reptiles del Nilo y de la India, y todo el conjunto, en fin, de caprichos artísticos que forman el tipo clásico del pueblo egipcio, y de sus primorosos bajo-relieves pendían aves de rizado plumaje, meciéndose al parecer en aquel bello ambiente luminoso.

La multitud empezaba á invadir lentamente aquel fabuloso recinto guardado por esclavos nubios, semejantes á estatuas de ébano agrupadas é inmóviles, en forma de cariátides, á indeterminadas distancias junto á la columnata del pabellón de ingreso, medio envuelto en la penumbra.

Iba tomando asiento á medida que llegaba, en una doble serie de escaños que rodeaba el ámbito de la régia cámara, guardando el mayor orden y compostura, aquella multitud reverente, que comprendía tal vez la magnitud del privilegio que se le concediera, aunque no el objeto real y positivo del obsequio por parte de aquellos soberanos tan orgullosos hasta entonces, y que movidos quizá por una necesidad imperiosa, tomaban, sin embargo, entonces la iniciativa para confundirse sin etiqueta alguna con todas las clases, hasta la mas ínfima, de su pueblo.

II.

Cuando todas las localidades del gran centro estuvieron ocupadas por los convidados, cuando se hubo restablecido el silencio en aquella mansion augusta, un crujido rápido y sonoro se oyó de improviso: rasgáronse como por ensalmo los altos lienzos de la dorada bóveda convertida en un toldo aéreo, flotante y semi-esférico, sostenido únicamente por un doble juego de columnas salomónicas, levantado al aire, semejante á un cielo estrellado y abierto por sus cuatro ángulos, como un templo pagano.

La vista pudo estenderse entonces y abarcar el magnífico panorama que á la contemplación de todos se ofrecía.

Los jardines, los patios, los pabellones y templetos, los lagos artificiales encerrados en círculos de mármol y dorada arena, y en cuya superficie ondulante flotaban grupos de ninfas reclinadas en conchas de nácar, los coros de vestales y sacerdotisas, náyades y dioses, vagando en aquellas encantadas regiones inundadas de una luminosa alborada, sílfides raudas como el viento mismo, revolando y agitándose sin cesar medio envueltas en vaporosos velos, las mil divinidades paganas con sus atributos alegóricos, flotando bulliciosas en medio de tornasoladas nubes, conducidas algunas en faetones llevados por alados monstruos mitológicos... ¡Oh! sí, era este un espectáculo sublime, una maravillosa creación sobrenatural y estraña.

Baco, ceñida á sus sienes una corona de pámpanos de vid, Júpiter con su haz de rayos, Vénus, Marte, Pluton, Juno, Saturno, Isis, Mercurio, con sus pies alados, difundiendo nubes de polvos de oro y recorriendo el luminoso ámbito, ejerciendo sus funciones

de mensajero de los dioses; toda la fabulosa teogonía del Olimpo estaba allí personificada.

De toda aquella corte tan eminente y grave desprendíase un grupo de tres personajes que figuraban Diana. Este grupo, sentado sobre un trono de nubes y rodeado de una aureola celeste, presidía al frente aquella desenfadada farsa nocturna. El primer personaje estaba suplido por el divino Marco Antonio, hermosísimo niño, fruto de los amores culpables del primer César con la reina impura.

Hervía la multitud en todos los ámbitos del alcázar, y una tempestad de armonía resonaba en estrépitoso concierto, al paso que al compás del mismo improvisábanse mesas espléndidamente servidas por alados genios, que traían ánforas, copas y búcaros con flores.

Era aquel un verdadero festín de la muerte, honras fúnebres impropriadamente disfrazadas por una alegría ficticia, una agonía voluptuosamente estúpida, verdadero fenómeno sensual, una reconciliación suprema y generosa, provocada de intento y en la cual el enemigo sólo parecía reconocer al suyo para perdonarle en aquella cita, para demandarle á la vez su indulgencia recíproca; en que las pasiones vencidas por la caridad, deponían su encono para sublimar las almas á otra esfera mas noble y digna... ¡Oh! en verdad que aquel gran pensamiento realizado en tales circunstancias, con tales accesorios, en aquella hora solemne de una noche plácida y en presencia de todas las clases, categorías y sexos de la opulenta corte de los Faraones, tenía un no sé qué poético que le comunicaba indefinible encanto.

Lágrimas, risas, algazara y gemidos, de todo hubo aquella noche siniestra.

Hubo brindis é invocaciones: Pluton, Proserpina, deidades infernales, recibieron proposiciones burlescas y coronas de loto, y hubo tambien juramentos por la laguna Estigia, esa aterradora barrera del infierno del paganismo.

Todo era, pues, entusiasmo, frenesí, delirio; turbábase la mente á impulso de las espirituosas bebidas que apuraban todos á porfía, con profusión y desenfreno, en aquellas copas cinceladas que parecían incitar al deleite.

La licencia y el desenfreno llegaban á su colmo: los coros de sátiros, fáunos y bacantes, inquietos, bulliciosos, lo invadían todo; los sacerdotes y sacerdotisas, deponiendo la gravedad clásica de un ceremonioso ritual impertinente, las ninfas, diosas y vestales, los genios y amorcillos con sus alas de plateada niebla trasparente, los dioses mismos abandonaban á porfía en confuso desorden sus tronos aéreos para confundirse con los demás convidados, estableciendo así hasta el último grado un pacto de impúdica alianza, que era á los ojos de la razón religiosa y social una profanación dogmática, aun en medio del vértigo que trastornaba los espíritus.

III.

Los brindis se cruzaban y confundían, agotándose en ellos todos los recursos del capricho régio provocado por el continuo estímulo de la orgia: las invocaciones á las divinidades, los improperios al enemigo comun, victoriosos y felices hasta entonces, las mas heroicas protestas, hasta las mas sacrílegas ovaciones fúnebres del fanatismo gentilicio, todo se mezclaba estrépitosamente en aquel laberinto inexplicable de vociferaciones sin freno. Las ánforas, las copas de amatistas con sus hirvientes y espumosos líquidos vertidos en la riquísima alcatifa persia que cubriera el mosaico, rodaban por el pavimento de mármol; los muebles de cedro con incrustaciones, los platos de esmeralda, los candelabros de bronce y ébano, las hermes diminutas de metal artísticamente cinceladas y rotuladas con letras y geroglíficos por el artífice, hasta las joyas é instrumentos músicos, los atributos místicos de las divinidades, todo yacia destrozado y en el mayor desorden, mientras que una comparsa de juguetones niños desnudos, aleccionados de intento ó bien inspirados por aquel caos diabólico, derribaban por do quier los primorosos jarrones etruscos que habia de trecho en trecho, y cuyos licores, vertidos en abundancia, tornaban á manchar las mullidas alfombras, las ricas pieles, los paños de púrpura y las opulentas mesas de mosaico, perfiladas de oro donde aquellos se hallaban.

Desde allí, al través de aquellos luminosos abismos, percibíanse las aguas del estanque del palacio, rizada por la brisa, y en cuya superficie, semejante á una gran plancha de oro, reverberaban las mil luces, proyectando al lejos los grupos de verdura, los rosales egipcios y las series de cinamomos y saúces que bordaban el lago, formando un paisaje mágico.

El viento resonaba tristemente en las enramadas próximas.

Todo era allí solemne, hasta la hora misma de aquella bacanal estraña, donde el greco-romano, en un esfuerzo artificial é irónico hacia un supremo alarde de fastuoso lujo y soberbio ceremonial que, sin embargo, llevaba en sí impreso el sello de la muerte.



Antonio, Cleopatra, Cesarion, esa escelsa trinidad, tan bella, tan bizarra, que presidía el festín, arrojaba á su vez coronas de flores, hebras rizadas de oro, lluvias de aljófares y perlas y pomos diminutos de esencias sobre el concurso, como un testimonio eloquente de gratitud y amor, prenda suprema de alianzas; y trompas bélicas, arpas, bocinas, sistros y clarines redoblaban á porfía su concierto, que hacia retremblar aquellas mansiones, semejante á un armónico cataclismo del cielo y de la tierra.

Uno de los comensales, hermoso príncipe etiope, y aliado de Cleopatra, vestido con la clámide romana sobrepuesta á una coraza escamada, cubierto con un casco de guerra, y cuyos pies calzaban coturno, repartía de órden de la reina brazaletes de oro y rica pedrería entre las matronas egipcias allí congregadas, mientras que los sacerdotes mismos de Eleusis distribuían, á su vez, en nombre de Marco Antonio, espadas, javalinas y lanzas con escudos entre los individuos del sexo masculino y aun entre las varias amazonas bizarramente vestidas en traje de batalla, que se apresuraban á disputarse tal honra.

(Se continuará.)

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

El cuento cuya conclusion va despues de estas líneas suscritas por Z. Marcas, es original de nuestro querido amigo Carlos Rubio, cuyo nombre ha estado proscrito como su persona durante las tristes circunstancias á que el triunfo de la Libertad ha puesto fin.

## DOS HISTORIAS.

(CONTINUACION)

### HISTORIA SEGUNDA.

#### EL MUERTO ESCAPADO.

Era una de las noches mas frias, mas ventosas y mas lluviosas del mes de diciembre: la capilla en que se vela á los muertos estaba como una nevera: el sacristan Juan Melon, hombre ya de sesenta años, flaco como un esqueleto y envuelto en una criba de paño mas delgado que el papel de seda, se caló su venerable sombrero, que revelaba por su aspecto haber servido á cuatro generaciones, miró atentamente al cadáver, cuya custodia se le habia confiado, y dijo:—Señor muerto, la compañía de usted es muy agradable, pero la cena y la cama me esperan. Apagaré las luces para que no se quemé usted, cerraré la puerta para que no le roben, y mañana al amanecer vendré á ver qué tal ha pasado la noche.

En seguida, puso en ejecucion su pensamiento, y se fué á acostar.

Juan Melon, como se ve, era un *sprit fort*, que respetaba á los muertos, ni mas ni menos que don Juan Tenorio, acaso á consecuencia de la costumbre que de andar con ellos tenia. Ni el mas ligero recelo le quedó dentro del alma, de que el muerto se enojase por su ausencia. Cuando entró en su pobre bohordilla, encendió una vela de sebo, puso á calentar su cena, y se preparó á entretener el tiempo mientras se calentaba, picando puntas y haciendo cigarrillos; ni por soñacion se le ocurrió que el muerto pensara en jugarle una pasada del género de las que solia jugar el Convidado de piedra.

Todo dormía en derredor. Sólo se oía el ruido del viento y el agua, que de tiempo en tiempo agitaban los vidrios y papeles suplentes de la desvencijada ventana; alguna vez tambien el paso precipitado por la calle, de alguno que huía de la lluvia, como un ciervo de los perros de caza. El fuego, animado por algunas tablas viejas, parecia tiritar y quejarse en el hogar. La luz de la vela vacilaba y fingia en las paredes del camaranchon desamueblado, cambiantes sombras fantásticas, que hubieran podido tomarse por otros tantos espectros; pero nada de esto conmovia á Juan Melon, que seguía haciendo cigarrillos, mirando de tiempo en tiempo la cena, y cantando entre dientes:

Muchos dicen que se mueren,  
morena, por tus luceros;  
yo, por un jarro de vino,  
y por un jamon, me muero.

Lo repito; Juan Melon era un *sprit fort*. Pero cuando acabados sus cigarrillos, desembarazada de ellos la mesita coja en que los hacia, y puesta la cena en una cazuela vieja, pero virgen de estropajo, se preparaba á hacer por la vida, con toda la tranquilidad y todo el placer de quien tiene hambre y va á comer el fruto de su trabajo, á pesar de la varonil entereza de su alma, á pesar de su despreocupacion, á pesar de su costumbre de tratar con muertos, no pudo contener un grito de terror, y se puso mas blanco que la cera que solia robar.

La puerta, que no tenia pestillo, se abrió de par en par, y amortajado aun, serio, pálido, mudo, apareció en ella el muerto que habia quedado encerrado en la capilla.

## II.

Un muerto que á tales horas de la noche, en vez de estarse acostadito en su féretro como Dios manda, y es uso y costumbre entre los muertos de bien, se va por esos mundos á calaverear y á asustar sacristanes, desafiando la lluvia y el frio, bien merece que se tomen acerca de él algunas informaciones, porque es un muerto estremadamente sospechoso. Veamos quién era el muerto que hacia vacilar el estoicismo del impávido Juan Melon.

Su verdadero nombre es demasiado conocido para imprimirse. Pongámosle otro, y lo mismo haremos con los demás personajes de esta verídica historia, ya que los novelistas podemos rebautizar sin pecado. Le llamaremos don Severo Azagra, si ustedes gustan.

Era este señor un completo caballero del siglo XVII. Alto, seco, de rostro aguileño, de ojos negros y vivos, serio, de pocas y cuerdas palabras, incapaz de fatar á nadie, ni de sufrir la sombra de un agravio, rico, liberal con los otros, modesto y frugal para sí, habíale hecho Dios sin duda antes de la muerte de Don Quijote, y olvidábase de enviarle al mundo hasta algunos siglos despues.

Hasta los cuarenta años habia permanecido soltero, dedicando parte de su tiempo al estudio, y parte á la guerra. Cuando entre sus cabellos negros y rizados comenzaron á asomar los hielos de plata de la vejez, pensó en tomar estado, y siguiendo el consejo de Hesiodo, escogió una mujer jóven, á fin de poderla enseñar el bien. Tambien la escogió pobre, sin acordarse para esto del autor de *Las obras y los dias*, con el objeto de hacer un doble bien al casarse.

La elegida se llamaba Elisa, contaba veinte primaveras, habia sido educada en un convento, y era un vivo retrato de la protagonista de *El sí de las niñas*. Hasta tenia una madre como la de la comedia.

Los primeros dias del matrimonio, corrieron para ambos esposos como las ondas cristalinas de un arroyo que se desliza entre flores. Verdad es, que fueron pocos, porque antes de acabar el mes, don Severo cayó enfermo; un médico de gran fama, amigo suyo, vino á verle, y le recetó con tal acierto, que á la noche hubo que amortajarle.

Era aquel el tiempo en que se acostumbraba á vestir de frailes á todos los muertos; lo que dió lugar á la conocida anécdota del francés que, viajando por España, y viendo con hábito á todos los que llevaban á enterrar, escribió en su cartera: «En España no se mueren mas que los frailes.» Se vistió á don Severo de fraile francisco, su amigo certificó que habia muerto en regla, y se trató de llevarle al depósito de la parroquia, mientras llegaba la hora de darle sepultura.

Pero don Severo no estaba muerto. Hay una enfermedad horrible, que paraliza todos los nervios motores dejando libres los sensitivos. El que la padece, queda, al parecer, como un cadáver; pero siente cuanto pasa á su alrededor; los gemidos de su familia; cómo se le amortaja; cómo se le coloca en el féretro; cómo se le lleva á la sepultura; cómo se arroja la tierra encima de él, y no puede moverse, ni gritar, ni llorar, ni decir:—Estoy vivo, y me vais á asesinar de un modo horrible.

Don Severo padecía un ataque de esta enfermedad, cuando se creía que estaba muerto, y á todos los dolores que sufren los que se hallan en su caso, se añadió otro quizá mayor, que él mismo no comprendió cómo no le habia roto el corazon.

Al lado de su lecho mortuario, oyó á su esposa y á un primo de su esposa, regocijarse de su muerte, y supo, por su conversacion que se amaban de muy antiguo, que ella sólo se habia casado por interés, cediendo á las sugerencias de su familia necesitada, y que su breve luna de miel habia sido una larga deshonra.

Y él no podia moverse, no podia hablar, no podia tomar venganza de los culpables!

Tal era su desesperacion, que apenas sintió cuando le llevaban á la capilla mortuoria.

En ella, despues de haberse ido Juan Melon, sintió poco á poco deshacerse sus miembros. El accidente pasaba por sí mismo. Pudo sentarse, pudo salir del féretro, pudo andar.

Dió gracias á Dios llorando de alegría, pero creo que se las dió tambien al diablo, porque si deseaba vivir, más que para otra cosa, era para vengar su honra.

Creyéndose encerrado, pensó esperar hasta la aurora la vuelta de Juan Melon, y se puso á pasear por la capilla y á meditar. Su mente era un infierno, y como hijas de él debían ser sus meditaciones.

—Pasaré el corazon de ambos, se decia, y me gozaré en su agonía...

Pero reflexionó, que siendo su agravio secreto, su venganza seria el pregonero de su deshonra.

—A secreto agravio secreta venganza, murmuró entonces, y organizó un plan mas terrible que los anteriores.

En aquel momento, un golpe de aire abrió la puerta de la capilla. Sin duda la mano de Juan Melon, entumecida por el frio, habia echado la llave en falso. Don Severo estaba demasiado febril para resignarse á esperar. Los momentos se le hacían siglos, Conocía á

Juan Melon, sabia las señas de su casa, que estaba al lado de la suya. Salió sin vacilar y fué apresuradamente á hablarle.

## III.

La conferencia entre el muerto tráfuga y el sacristan, fue muy larga, pero se celebró toda en voz tan baja, que ni los mas curiosos genios de la noche, aplicando el oido como acostumbran á la chimenea y á las rendijas de las puertas y las ventanas, pudieron alcanzar una palabra de ella.

Al amanecer, ambos estaban en la capilla, Juan Melon, con el hábito de fraile en la mano; y don Severo, disfrazado con un traje humilde que le habia prestado el sacristan, llevaba un lio de cuerdas al hombro.

Encendieron las luces en silencio, pusieron el hábito en la caja, y encima un papel. Don Severo ató á Juan Melon las manos y las piernas, le puso en un rincon y se alejó, dejando la puerta abierta.

Juan Melon permaneció quieto como un cuarto de hora, y al cabo de él, cuando ya empezaban á pasar gentes por la calle, soltó cuanta voz pudo, gritando:

—¡Socorro! ¡socorro!

La gente acudió, le desataron, le dieron agua para que se serenase, y él, entre lágrimas y aspavientos, contó, que estando velando al cadáver, habian entrado unos hombres vestidos de negro y enmascarados, le habian atado y se habian llevado al muerto, despojándole antes de su hábito.

Se leyó el papel del féretro y decia: «He oido mi condenacion; no hay esperanza para mí; sólo me queda el dolor eterno. Nada de rezos por el alma de este desventurado, nada de funerales. ¡Maldita la hora en que nací!—Severo Azagra.»

Las viejas lanzaron gritos de terror; los muchachos hicieron coro á las viejas; muchos hombres palidecieron; un erudito recordó la historia del Alcalde Ronquillo; la justicia intervino, y nada; como tiene una venda en los ojos, nada vió; varios teólogos tomaron acta del suceso; algunos burlones empezaron á chancearse sobre el muerto perdido, el muerto prófugo, el muerto escamoteado; la generalidad quedó convencida de que á don Severo se le habian llevado los demonios; los espíritus fuertes enviaban á los que tal decían á todos los diablos.

Hubo mientes como puños,  
Hubo puños como el mientes.

Y entre imprecaciones, llantos, cuchufletas, porrazos, chillidos, lamentaciones, silbas y ladridos de perros, llegó la guardia, que lo puso todo en órden á culatazos.

Juan Melon fue preso por mas que gritaba:—«¡Señores, que yo no me he comido al muerto, ni le he cogido! ¡que se me registre!» pero á las veinte y cuatro horas, se le puso en libertad.

La prensa tomó cartas en el asunto; pero tampoco acertó quién habia levantado el muerto.

Por último, el caso se olvidó, y los que le recordaban, no pudiendo explicarle, le negaban; era un medio como otro cualquiera de salir del atolladero.

## IV.

En casa de Elisa se descolgaban los lutos y se hacían grandes preparativos de boda. Elisa, á consecuencia de la muerte de su marido, que al tomarla por esposa, á mas de confesarla un gran dote, habia testado en favor suyo, habia quedado rica, aunque no tanto como esperaba, porque un amigo de don Severo reclamó 50,000 duros, presentando un recibo de fecha reciente, acompañado de cartas de puño y letra del finado, y no hubo sino pagarle. Al primo de Elisa le pareció mas hermosa la viuda vestida de seda y adornada de brillantes, que le habia parecido la soltera vestida de percal, y se arregló la boda en cuanto se obtuvo la licencia de Roma y se cumplió el plazo de la ley. Juan Melon habia en tanto tomado tal miedo á los muertos, que no queriendo volver á la iglesia y reuniendo sus ahorritos y con la herencia de una tía, que dijo habersele muerto, habia establecido en frente de la casa de Elisa una taberna. El dia de la boda de Elisa estaba como de costumbre en su mostrador hablando con un grupo de contertulios, que le preguntaban sobre el milagro de la desaparicion de don Severo. Habia bebido como Keen cuando iba á salir á la escena, y eso le predisponia á charlar. Asi es que iba á cantar de plano, y ya empezaba á decir:—En cuanto á eso del milagro...

Pero en aquel momento se oyó en la trastienda unos de esas gruñonas que parece como que tienen dejos de rugido. Juan Melon palideció y acabó la frase, diciendo:—En cuanto á eso del milagro... el que quiera saber algo, pida esplicaciones al señor cura, que sabe de teología.

## V.

La noche en que debia haberse celebrado la boda de Elisa, el depósito de los muertos de que un año antes se habia escapado don Severo, estaba de nuevo colgado de luto, y á la luz de grandes hachones se veían en dos féretros los cadáveres helados de Elisa y de su primo.



Juan Melon entró á cosa de media noche, encontró al sacristan su sucesor batallando con el sueño y le propuso ir á echar una copa.

El nuevo sacristan, que se llamaba Mosquito, se hizo de rogar un poco, pero al fin cedió.

Cinco minutos despues de haber salido los dos amigos, la puerta de la capilla volvió á abrirse; un hombre embozado en una capa entró, cerró, y se adelantó hácia los dos cadáveres, dejándolos caer el embazo.

Era don Severo.

Un breve rato permaneció mudo, y luego dijo con voz cuya emoción procuraba ocultar:

—Elisa; soy tu esposo, á quien creías muerto y á quien deshonraste en vida. Durante el accidente en que me creíste muerto, oí tu conversacion con tu amante, y juré vengarme. Escapado de esta misma capilla, he viajado, he estudiado, he comprado á peso de oro el zumo de una planta que produce la catalepsia y que es desconocida en Europa. Tu amante y tú la habeis bebido mezclada con el vino que os ha enviado Juan Melon, y ambos estais muertos para el mundo. Sólo yo sé que vivís y me oís; sólo yo sé que sereis enterrados vivos. El castigo es horrible como lo fue mi dolor. Que en atencion á él os perdone Dios, si quiere. Yo os maldigo y nunca os perdonaré.

Dicho esto, volvió á salir y volvió á cerrar la puerta.

Al dia siguiente, en efecto, Elisa y su amante fueron enterrados... vivos.

#### CONCLUSION.

Cuando Tal y Cual acabaron de contar sus historias, soltaron la carcajada.

Cual dijo: — Yo en el mundo me llamé María, y fui la mujer á quien hice traicion con el nombre de don Luis.

Tal exclamó: — Yo en el mundo me llamé Elisa, y fui la mujer á quien enterraste viva cuando te llamabas don Severo.

—Y yo, exclamó Para, riendo tambien, fui Andrés y el amante de Elisa.

—Estamos casi pagados, dijeron los tres, pues todos nos hemos faltado y vengado.

En esto, llegó el Prometeo, y oída la súplica que le iban á hacer, los libertó de la materia en que estaban encerrados. Los tres, entonces, se volvieron á reunir en el rayo de sol de que eran partes.

El Eautontinmorumenos volvió á ser, y al recordar las historias de sus trasformaciones, prorumpió en una carcajada homérica. — Quiere decir, exclamó, que yo me he engañado, me he seducido, me he deshonrado y me he vengado á mí mismo y de mí mismo. He pasado el tiempo en hacerme burla y castigarme... ¿Habrá locura?

Cuando todos los rayos robados por el Prometeo vuelvan á reunirse en el sol eterno, ¿qué pensará aquel sol de la vida, de sus odios y sus luchas?

CARLOS RUBIO.

#### VIAJEROS INGLESES.

(CONTINUACION.)

Cualquiera que en la imaginacion se represente escena semejante, comprenderá la sensatez y cordura de los españoles en guardar silencio y reposo, como Don Quijote, ante cierta clase de aventuras, por mas que fuese una señora la víctima. Miss Eyre, ofuscada y resentida, no ha podido comprender, que su negocio era desesperado al tener la desgracia de dar

con muchachos, que, en España, como en todas partes, son una generacion traviesa é incorregible, de humor maleante é ingenioso, contra el cual aprovechan poco las amenazas y menos las razones: y como ha observado oportunamente un crítico, el camino mas corto, seguro y espedito para librarse nuestra viajera escritora de sus incómodas persecuciones, fuera, dejar á *Keeper* amarrado en casa y suprimir de su *toilette* to los los adornos llamativos, ridículos, y

guro es, que las señoras mayores que así sacan los pies del plato, no se atrevan á presentarse con semejantes atavíos de regreso á sus casas. Esté persuadida miss Eyre, que no por ser extranjera, tuvo en España recepcion tan tumultuosa por parte de la generacion diabólica de los muchachos. Cualquiera que se atreviera á llamar la atencion del público en las calles con un pelaje extravagante, hallaria el mismo pago

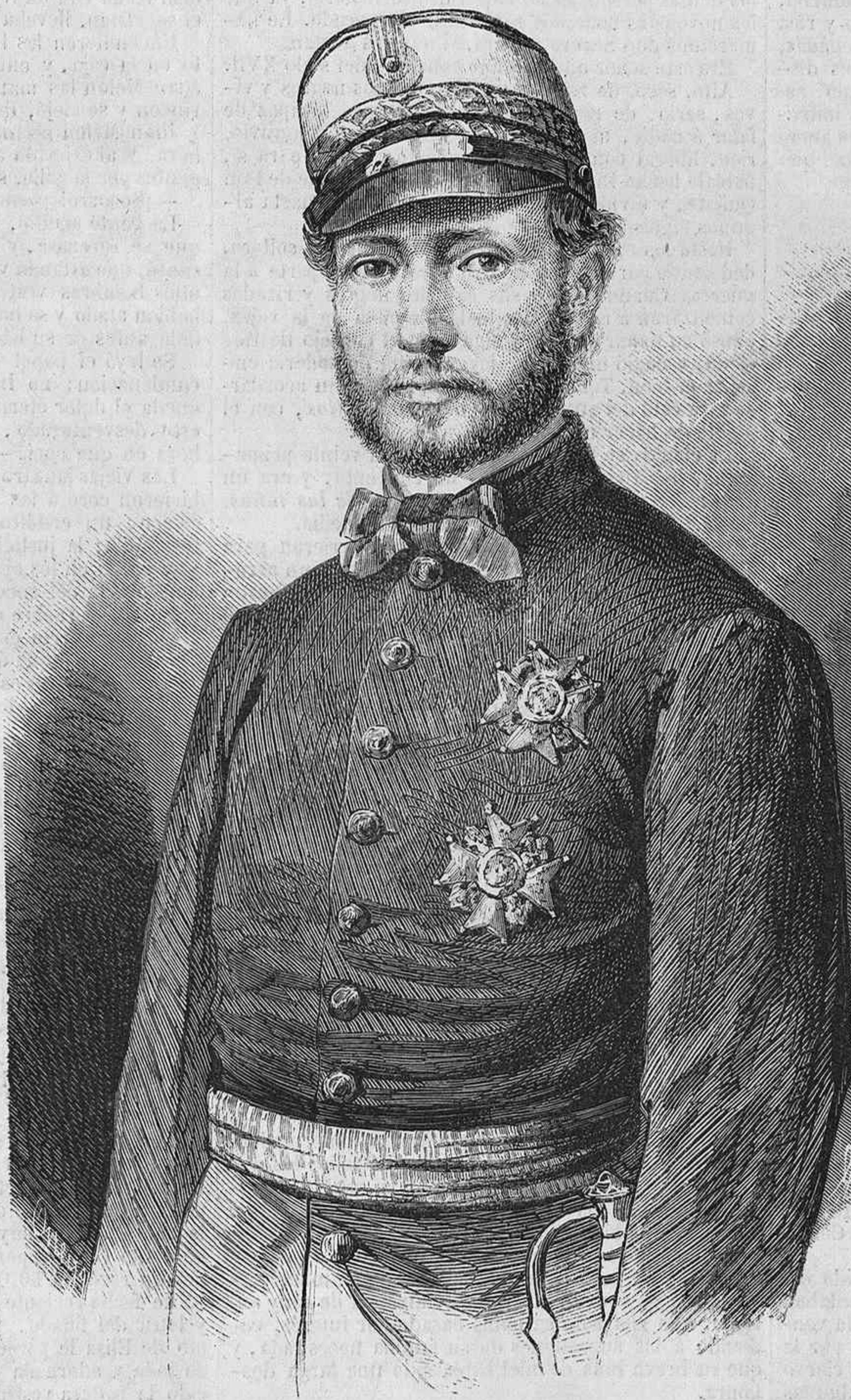
de su indiscrecion y extravagancia. Las costumbres, las creencias y hasta las preocupaciones constituyen en cada pueblo una manera de sentido y de armonía, que no se hiere, ni destempla impunemente, y una autora calificada para escribir de una nacion, debía traer aprendidos por lo menos los primeros rudimentos del oficio.

Deducir de la conducta de un puñado de rapaces, y de la indiferencia ó neutralidad de unos cuantos especuladores, el atraso, barbarie é ignorancia de los españoles, como lo hace en cada página esta viajera, es argumentar asaz apasionadamente. Nada prueba en pro, ni en contra de la civilizacion de un pueblo un caso particular y aislado, que realmente era una provocacion. Contra el hecho aducido, podemos citar otro, aun mas reciente, que probaria un exceso de cultura y civilizacion en los españoles, al que difícilmente llegarían Francia, Alemania, Inglaterra y los demás pueblos que la autora nos cita cual modelos de tolerancia y cortesía.

Sin ir muy lejos, recordariamos que en el presente año pudieron ver los forasteros de varias partes del mundo á un viajero inglés, hombre que ya frisaba con los sesenta años, corpulento, gigantesco, de barba luenga y entrecana, que paseaba por las calles de Sevilla durante las fiestas de Semana Santa y feria, vestido con traje de niño de siete años, tal y conforme á los modelos que tienen espuestos *Nicolls* y *Moses* en las calles de *Oxford* y del *Regente*, en *Londres*. La locura y el desprecio que además tal conducta implica, no es fácilmente ponderable, y dudamos que un español hubiera recorrido con impunidad los parajes públicos de *Londres* en traje tan ridículo é impropio de la dignidad de un hombre. No obstante, el pueblo sevillano dió muestras de una tolerancia sin límites, permitiendo que el isleño tomase por jaula la ciudad,

visto que su locura era del género pacífico. Pero si, tras esto, le hubiese dado por zaherir, censurar, criticar y gruñir con todo el mundo por quitame allá esas pajas, amenazando con que iba á escribir un libro contra España, llenándonos de improperios y llamándonos bárbaros, acaso no saliera de Andalucía, sin verse obligado á completar su traje infantil con una chichonera.

¿Y qué necesidad tenia esa dama, preguntarán naturalmente los lectores, de sacar á la plaza del mundo esos descalabros, y dar cuenta del mal efecto producido por su persona? Cada cual, por despiadadamente que le haya tratado la naturaleza, tiene su correspondiente dosis de presuncion y de amor propio. La mujer, en especial, todo lo tolera, menos lo que atañe á menoscabar ó poner en tela de juicio su mayor ó menor mérito personal. Hay ciertos trapitos que se lavan en casa, segun la oportuna espresion del vulgo. Nadie la obligaba á hacer confesiones tan ajenas al objeto de su libro, y tan poco favorables á su persona, y estamos por asegurar, que aun en el sexo feo, no se hallará escritor que *motu proprio*, guste



PRIM.

poco conformes con su edad y su personal apariencia: observacion que nos parece altamente juiciosa, y mucho mas teniéndose en cuenta la nacion que recorría; porque en España, pasada cierta época en la mujer, en que le es propio y natural ataviarse, llamar la atencion y lucir sus gracias y sus encantos, tiene la discrecion de colocarse en segundo término y caminar modestamente á su ocaso, dando de mano á los artificios, afeites y composturas, y lugar á que nuevos soles vengan á ocupar el puesto que les corresponde. Hasta ahora, cualquier transgresion de este orden que parece establecer la discrecion y aun la misma naturaleza, se ha mirado siempre con disgusto y repugnancia. No nos parecemos en esto á otros pueblos de Europa, verdaderos paraísos de las viejas, que con todos sus inviernos á cuestras, tienen la presuncion de rivalizar con las jóvenes en el esterior adelino, y disputarles lo que de derecho les pertenece. Si excepciones vemos hoy dia, gracias sean dadas al influjo de las modas y costumbres estrañas, y aun esto sólo tiene lugar en las poblaciones de baños y en las temporadas de verano; pero bien se-





OLÓZAGA.



SERRANO.

de presentarse ante sus lectores á tan mala luz. Como decía uno de los interlocutores en el famoso diálogo de la segunda parte de Don Quijote, el historiador de sus aventuras, debía hacer caso omiso de algunos de los infinitos palos que le dieron, *por equidad*, y porque deben suprimirse aquellas cosas que ceden en descrédito del señor de la historia. Pero ya lo hemos

dicho: los ingleses lo sacrifican todo al afán de la notoriedad. Quince días en España, no daban mucho juego á miss Eyre para escribir un libro llamativo, y á falta de otra cosa, se le ocurrió la idea de ponerse en ridículo, á trueque de comprobar que vino á un territorio de salvajes crueles, y que sufrió en el centro de las capitales de España, martirios equivalentes á

los de cualquier atrevido explorador en el centro de Africa. El público inglés ha agotado las ediciones de esta jornada sainetesca, y aunque comprende que hay exageracion en sus apreciaciones y motivos de sospechar del estado del cerebro de la autora, le encuentra novedad, se rie de sus declamaciones violentas y llena las arcas del editor y el bolsillo de la viajera.



TOPETE.



SAGASTA.



Por fortuna, á raíz de la publicación de este libelo, que no merece otro nombre, salió á luz otro libro escrito por lady Herbert, con el título de «*Recuerdos de España*,» el cual viene á servir como de contrapeso y regulador de la opinion pública. No se dirá de esta autora, que no ha encontrado caballeros en la patria del manchego hidalgo, ni que nos juzga de ignorantes y de atrasados; antes confiesa paladinamente, que todo lo malo que en nosotros encuentra, es que pretendamos civilizarnos á la francesa ó á la inglesa. La acogida que tuvo en todas partes, fue capaz de causar envidia á una princesa, y aun á la misma ninfa del verde bosque, y su ojeada sobre España, contrariamente á la de miss Eyre, se resiente de la nube de incienso que ofuscaba sus ojos. Todo lo que sus compatriotas viajeros nos censuran, con muy cortas escepciones, es objeto de sus mayores alabanzas, especialmente los conventos, las ermitas, santuarios, romerías, el fanatismo religioso, la sencillez é ignorancia del pueblo, sus prácticas y costumbres mas empapadas de credulidad pueril ó tinte supersticioso. Lady Herbert es otro ejemplar de nuestra Fernan Caballero. Se opone violentamente á todo progreso que no sea místico y espiritual. La España de *mister Ford* es su ideal, y se duele de que el oriental turbante se vaya prolongando insensiblemente, y se convierte en ese tubo ridículo y anti-artístico que llaman sombrero de copa alta. ¡Qué desolacion para esta viajera, al no ver un fraile por las ciudades, ni un monje caballero en mula con sus alforjas y quitasol, caminando lentamente en los alrededores de un pintoresco monasterio!

¡Cuánto de maldiciones y anatemas no lanzó á duo con la famosa autora de *La Gaviota*, contra esta pícara civilizacion materialista que convierte las campanas en monedas, las ermitas en puestos de guardia civil, las ventas en hoteles, los conventos en fábricas, y las entrañas de los montes, en paso llano de los trenes!

«Para sacar á Fernan Caballero de sus casillas, escribe esta señora, no hay como hablarle de cosas tocantes á su fe y al llamado progreso de su país. Entónces se le enciende su sangre andaluza, y declama horas enteras contra el despojo de los monasterios, la introduccion de escuelas sin religion, colegios sin fe y propaganda de ideas anti-religiosas en la literatura de nuestros dias.»

(Se continuara.)

NICOLÁS DIAZ DE BENJUEMA.

### JUEGOS FLORALES DE PROVENZA.

De una carta escrita desde Aviñon por nuestro querido amigo don Víctor Balaguer, y ya publicada, copiamos los siguientes párrafos, que no dejan de tener interés, por referirse al brillante papel que han desempeñado nuestros compatriotas en las fiestas de Provenza.

«A ellos es á quienes se debe el triunfo que ha obtenido la literatura catalana, y me apresuro á consignarlo. Yo, por mi parte, no he podido ayudarles mas que con algunas palabras que he tenido ocasion de pronunciar de vez en cuando, y si bien los periódicos franceses han llevado su galantería con respecto á mi humilde persona hasta el último punto, la verdad es que no se debe esto á mis escasos merecimientos, sino á las relaciones antiguas que me unian con ciertos poetas y literatos franceses.

«La gloria y el triunfo, pertenecen por completo á mis compañeros de viaje. Angelon, Quintana, Vidal, Torres, Roura, Lasarte, hé aquí los héroes de la fiesta, sin que por ningun concepto se olvide á Tomás Padró, que con la habilidad de su lápiz y la rapidez de su ejecución, ha sabido conquistarse un nombre y un puesto. Los periódicos ilustrados de Francia, han abierto sus páginas al señor Padró, y se han apresurado á solicitar su colaboracion. En Saint Remy tuve ocasion de ver el empeño con que los corresponsales de los periódicos parisienses se disputaban sus dibujos. No tardaron estos en aparecer en el *Monde Illustré*, *Univers* y *Cronique Illustré*. Padró ha dejado á gran altura el nombre de los artistas catalanes, y de hoy mas figura entre los mas hábiles y distinguidos de París.

«Manuel Angelon ha tenido ocasion de pronunciar tres notables discursos y leer dos bellísimas poesías catalanas. Su voz ha sonado en Nimes, en Saint Remy y en Avignon, siempre en medio de entusiasmas y espontáneos aplausos. Su discurso de Saint Remy, que fue el mas notable, mereciera haberse impreso. Hizo resaltar de una manera clara, evidente, tangible, la importancia de las literaturas catalana y provenzal, y definió perfectamente este movimiento literario, señalando lo que podia el porvenir esperar de él. En cuanto á las dos poesías que ha leído, una á la memoria de Antonieta de Beaucaire, otra á los poetas provenzales en nombre de los catalanes, el público las verá algun dia, y podrán saborearse todas sus bellezas de forma, de lenguaje, de fondo y de intencion.

«Alberto de Quintana ha demostrado sus grandes dotes de orador. Su voz, llena y robusta, su presencia, su fisonomía, su estatura, le ayudan admirablemente. Los periódicos franceses, particularmente el *Evenement* de París, se fijan en él y le consagran sentidos elogios. La voz de Quintana ha sonado de una manera elocuente y en brillantes improvisaciones en el banquete de Saint Remy, en el de Avignon, en Beaucaire, y en la magnífica sesion literaria que se tuvo en Saint Remy, al aire libre, al pie de un arco de triunfo romano y en medio de las ruinas de la antigua ciudad romana *Glanum*. Los periódicos de París hablan mucho de esta sesion. Efectivamente, ha sido acaso lo mas notable, por su colorido especial. Aquello recordaba algo de la antigua Roma. Al ver á todos aquellos poetas de pie sobre un monumento romano, dirigir la palabra á cinco ó seis mil almas, parecia una escena del *Forum*.

«Dicen que mañana en Arlés nos espera una escena igual, y que se celebrará una reunion literaria en las ruinas del teatro romano ó del Anfiteatro, ante todo el pueblo congregado.

«Escepto las pocas palabras que tuve ocasion de decir al pie del arco de triunfo de Saint Remy, Alberto de Quintana y Eduardo Vidal Valenciano, fueron allí los oradores catalanes.

«Vidal hizo un discurso de muy buenas formas, con buena entonacion, propio de las circunstancias y de la escena admirable que allí tenia lugar.

«La lectura de una poesia catalana, *Vosaltres* y *Nosaltres*, ha proporcionado tambien un triunfo á Vidal, como se lo han procurado á Quintana sus enérgicas poesías *La batalla de Muret* y *Dies iræ*.

«Antonio de Torres ha tenido asimismo ocasion de lucirse, de dejar sentado su buen nombre, y de contribuir al brillante resultado de estas fiestas. En Saint Remy pronunció un discurso notable por su idea fundamental y por la bella forma que supo darle, y en Nimes, Beaucaire, Saint Remy y Avignon, ha leído inspiradas poesías, que han acabado de consolidar su reputacion en el Mediodía de Francia, donde desde hace mucho tiempo, Torres era ya conocido y apreciado por sus dotes literarias y por sus cualidades personales. Su poesia catalana *La copa*, obtuvo anteayer un éxito completo.

«Me falta algo que decir de Manuel de Lasarte y de Conrado Roura, y siento tener que citarles los últimos, ya que no han sido por cierto los últimos entre los catalanes que se han distinguido.

«Lasarte ha representado la prensa española. En nombre de ella brindó por la prensa francesa en un discurso breve, pero espresivo, espontáneo y significativo. Su brindis promovió la contestacion entusiasta y simpática de Alfonso Millaud y de Pablo Arene. Otros varios discursos ha pronunciado, y en todos ellos ha estado muy bien, asi como en las dos ó tres poesías que ha leído, singularmente la titulada *A Catalunya*.

«Conrado Roura es acaso, de todos nosotros, el que mas recuerdos y simpatías dejará en Provenza. Ha tenido la buena fortuna de caer en gracia á las damas provenzales y á los poetas franceses. Roura ha leído bellísimas é inspiradas poesías en todos los banquetes, y ha sabido, con su buen talento, con la dulzura de su carácter, con su agudísimo ingenio atraerse las simpatías universales. Anteayer noche improvisó una poesia catalana que le valió un torrente de aplausos.

«Otra cosa debo decir en obsequio de mis buenos compañeros de viaje. Han tenido buena cuenta de no olvidar los ausentes. Asi es que Vidal ha recordado varias veces en un brindis á Zorrilla, Aguilera y Nuñez de Arce, evocando la memoria de Aribau, Piferer, Balmes y otros catalanes ilustres. Angelon, Torres y Roura, han brindado por los escritores catalanes ausentes, por los de Lérida, Girona, Tarragona, La Bisbal, Barcelona, y no se olvidó Mistral de dirigir un brindis á los poetas valencianos, mallorquines y castellanos.

«La fiesta internacional literaria de Saint Remy, tendrá consecuencias y dará sus frutos. Asistieron á ella representantes de todos los periódicos de Francia y hombres ilustres como Saint-René Tallandier, profesor de elocuencia en la Universidad de París; F. Sarcey, folletinista del *Temps*; C. de Tourtoulon, autor de la *Historia del rey don Jaime*; Carlos Mosselet, fecundo novelista; Ducrós, eminente poeta; Farné, reputado crítico. Otros literatos, que no pudieron asistir á ella, enviaron sus adhesiones y sus brindis. Entre estos últimos, Víctor Hugo, Lamartine, Louis Jourdan, Emilio de la Bedollière, Timoteo Trim, y el distinguido periodista español don Angel Fernandez de los Rios, que escribió una carta muy espresiva al maire de Saint Remy.

«Me complace en creer que habremos conseguido rectificar la opinion equivocada que se tenia de nosotros en Francia.

Avignon, 19 de setiembre de 1868.

VÍCTOR BALAGUER.

## NOVELAS Y CUADROS DE COSTUMBRES.

### AVENTURAS DE UNA SILLA,

CONTADAS POR ELLA MISMA.

El excesivo calor de la córte, ó tal vez la costumbre, porque en el verano hace calor en todas partes, me llevó en uno de los años pasados á una de las próximas poblaciones de Castilla, donde gozaba el dulce placer del *far niente* y visitar las curiosidades en que cla de lo antiguo y lo moderno, de lo venerable y lo elegante. Viejos edificios de piedra, construidos á manera de nidos en calles estrechas, tortuosas y desiguales, y algunas casas modernas en otras anchas y llanas; mas soledad que bullicio, el campo delante, y detrás de las habitaciones, la hacen á propósito para las personas que han llegado á cierta edad y pueden retirarse á descansar despues de una vida entera consagrada á los negocios; pero es una morada deliciosa, en particular para las huérfanas solteronas y para las familias de escasos bienes y grandes pretensiones. Perdóneme el lector si callo su nombre, que no tengo inconveniente en citárselo en secreto, pues á quien quiero ocultarlo es á mis lectoras, sobre todo si son jóvenes y bonitas, para que no abandonen la córte por este feliz retiro; además, que como á ellas es á quienes principalmente está dedicado este cuento, no veo razon ninguna para decirsele, pues de seguro se toparán mas interés por el objeto que lo motiva, que por algunos nombres y fechas que nada hacen al caso.

Pocas cosas llamaron mi atencion en esta ciudad, pues aunque abundante en Iglesias góticas y arábicas, cuadros, sepulcros, manuscritos y recuerdos históricos, ó eran muy inferiores por su clase y antigüedad á los que habia ya visto en otras poblaciones, ó los conocia perfectamente por relaciones de testigos ó descripciones que habia leído en diferentes épocas. Sin embargo, desde el dia de mi llegada atrajo mis miradas y me cautivó hasta cierto punto un objeto, vulgar sin duda, pero que por simpatía tal vez me hizo observarle con curiosidad y dirigir ciertas preguntas acerca de sus antecedentes. Este objeto, ya lo adivinéis, lectoras, era una silla, y de brazos. No pertenecía ciertamente, á ninguna comunidad religiosa, ni á ningun monumento de la poblacion; nada de eso; era propiedad de mi patron, labrador acomodado y hombre de negocios, tal como podia serlo en la ciudad de su residencia. Por sus escasos conocimientos numismáticos, nada pudo decirme acerca del origen é historia de mi sillón favorito, ni de la fecha en que fué construido, y todas mis investigaciones quedaron frustradas, ya por sus cortas respuestas, ya por su completa ignorancia, que fue ilustrada por mi en este punto. El sillón de que me ocupo era de roble, de forma antigua, lleno de adornos tallados, y estaba muy bien pulimentado. Nadie se sentaba en él, pues hablando francamente, no era un asiento muy cómodo, aunque estaba forrado de damasco, y todo su uso se hallaba limitado á la importancia que daba al sitio en que lo habian colocado. Quizá en su origen perteneció á algun gran señor que se servia de él á manera de trono; pero para un mortal que no tuviera que gozar del *otium cum dignitate*, semejante mueble era del todo inútil. Su anchura se hallaba en contradiccion con todo lo que constituye las comodidades de la vida actual, y si fué construido para servir de trono á un hombre de estado, de seguro el tallista supo llenar sus deseos. Sus formas cuadradas, que se estendian hasta los brazos, negaban toda esperanza de reposo, y el que se recostára descuidado en su ancha espalda, en vez de encontrarse con un mullido almohadon para reclinar su cabeza, se hallaba atormentado por las figuras esculpidas en su sólida madera. Esta notable cualidad de la silla en cuestion, me hizo guardarme bien de entregar mi cuerpo á sus amables brazos, sin que esto disminuyera el respeto que me inspiró desde el primer instante en que la ví, respeto que se aumentó gradualmente hasta la veneracion y el afecto. Mirábala, no sin sentimiento, como un gigante de los tiempos antiguos entre los pigmeos de la edad moderna. No cesaba de contemplar su materia y hechura, me sentaba en ella aunque por pocos minutos, y aun con frecuencia creia que, llena de instinto é inteligencia, adivinaba mi presencia y mi admiracion, y por la noche en particular, cuando la veia en un rincón á la sombra, me parecia que correspondía á mis miradas y que tenia algo que revelarme.

Una noche, despues de haber estado escribiendo durante algunas horas, empecé á quedarme dormido y se me figuró entre sueños que la silla que se hallaba al lado opuesto, en frente de mí, comenzaba como á moverse. Desperté en seguida, y como no soy tímido, ni supersticioso, miré á mi alrededor, porque el cuarto estaba bien alumbrado, y creia que la silla continuaba aun andando hácia mí y en direccion á la mesa. Me levanté, fui donde se hallaba y la encontré inmóvil en su puesto. Volví á sentarme, seguro de que habia tomado como un hecho lo que era un mero juego de la imaginacion, pero pronto volví á caer en mi



interrumpido sueño. Entonces me pareció que la silla se movía otra vez. Esta segunda demostración de su disposición ambulatoria, me hizo menos efecto que la primera. La miré como si fuera natural y propio de las sillas el andar, pues se me ocurrió que teniendo cuatro pies no había razón ninguna para que dejase de hacer de ellos el mismo ó mejor uso que hacemos nosotros de dos. Además, no tuve tiempo de reflexionar, si están ó no acostumbradas á andar las sillas, pues mi imaginación se hallaba enteramente ocupada en observar sus pasos hácia la mesa; y después de algunos instantes, en vez de pararse como en un principio, se deslizó hasta llegar á la mesa y se detuvo á su lado.

Ignoro cuál fue su primera intención, mas creo que la de dirigirse á mí, pues habiendo terminado su camino, colocó un brazo encima de la mesa, se levantó sobre sus pies traseros, y en esta actitud gimnástica, me miró con una seguridad increíble, pareciendo como que quería sonreírse; y ya estaba casi decidido á contestarle con un gesto que se podía interpretar por una sonrisa, cuando de repente la silla cambió de aspecto, desapareció su jovial expresión, y como si se arrepintiera de haber manifestado una alegría inconveniente, lanzó un profundo suspiro y cayendo en sus cuatro pies, quedó entregada á una meditación profunda. Pocos minutos después, el antiguo sillón volvió á tomar su expresión primera, y me dirigió una mirada de política, interin extendía su brazo hácia el papel, indicando como deseo de escribir. Sin saber lo que hacía, la di en silencio mi asentimiento, y sin mas aguardar colocó algunas cuartillas delante de sí y comenzó su tarea. Admirado al ver esto, seguí observando todos sus movimientos, y la silla, sin hacerme caso, continuó llenando página tras página. El cuarto comenzó poco á poco á oscurecerse, y la forma de mi compañera dejó de distinguirse hasta que se perdió por completo entre las sombras.

A la mañana siguiente, cuando volví de mi profundo sueño, no me acordaba ya de nada de cuanto había pasado la noche anterior. La silla estaba en su lugar y todo continuaba en el mismo orden que antes de la escena referida. Sin embargo, al ir á recoger mis papeles encontré un cuaderno escrito en letra muy menuda, en que se contenían las aventuras que publico á continuación. Si están escritas por su protagonista, ó si las escribí yo durante mi sueño, ó si entró alguien en mi cuarto y viendo que estaba dormido las puso encima de la mesa, retirándose sin hacer ruido, no me atreveré á asegurarlo, dejando á mis lectores el derecho de explicarlo como mejor les parezca, pues leyendo la historia literalmente como yo lo he hecho, pueden formar la opinión que gusten respecto á su autor, pudiendo asegurarles que no me he atrevido mas que á coordinar algunos hechos que me parecieron mal ordenados en el manuscrito que transcribo.

(Se continuará.)

A. DEL I. POR JOSÉ S. BIEDMA.

## ALBUM POETICO.

### EPISODIO DEL SITIO Y ASALTO DE COIN.

(DEL ROMANERO DE CRISTÓBAL COLÓN.)

En lo mejor del combate  
sale del cercano soto  
Arias Ponce con su gente,  
con paso ligero y sordo.  
Una viga formidable  
de diez peones va en hombros,  
que por un cabo remata  
el férreo cráneo de un toro.  
Y colosal catapultas  
en vilo conducen otros,  
y escalas desmesuradas,  
y haces de leña y abrojos.  
Avanzan por la vereda  
en haz de batalla todos,  
y sobre el portillo alto  
desembocando de pronto,  
arrójanse á la embestida,  
cual sobre el redil los lobos.  
Y mientras los vigilantes  
dan el alarma en redondo,  
y al són de sus arcabuces  
á Halc demandan socorro,  
los bravos hijos de España  
sin lanzar un grito solo  
aparejan sus ingenios,  
y con tablas y con troncos  
de árboles, ciegan la cara  
y llano dejan el foso.  
Y empujan á la carrera  
el ariete doce moros  
robustos, sobre el rastrillo,  
que á su empuje tiembla ronco.  
Y se hacen atrás de nuevo  
con el artefacto monstruo,

y nuevo golpe descargan  
que estremece el muro todo.  
Pero á las altas almenas  
acuden, al fin, los moros,  
y lanzan piedras y dardos  
y cuanto encuentran atónitos  
á mano, entre la sorpresa  
y el desórden; y aunque pocos,  
la rabia en que arden ayuda  
presta á sus ánimos torvos.  
Doble el sitiador, en tanto,  
sus ímpetus; el destrozo  
de la máquina ferrada  
es en el país notorio.  
Mas en turbion ya descienden  
por los mata-canes góticos  
cien proyectiles mortíferos,  
que grima ponen y asombro.  
Ballestas, arcabuzos,  
venablos cortantes, chorros  
de cera y pez derretidas,  
de hirviendo cal denso polvo,  
en infernal remolino  
sobre el escuadrón heróico  
caen, desolacion sembrando,  
y estrago y horror en torno.  
El ariete ya no puede  
jugar; pero sobre el roto  
peine lanzan las balistas  
de granito enormes globos,  
que los portones y lobas,  
haciendo á su ímpetu trozos,  
desquician y echan por tierra  
entre ruinas y entre escombros.  
Exhalan nuestros valientes  
un alarido de gozo,  
y la morisma responde  
con gritos de furor roncos.  
Ordena Ponce una escuadra  
de soldados animosos;  
forma el testudo y penetra  
bajo un diluvio de plomo  
y de arrojadas armas  
(que hieren con fragor bronco  
los broqueles), por la oscura  
poterna, entre los despojos  
de destrucción y de muerte  
que obstruyen sus quicios toscos.  
Mas ¡ay! que desde lo alto  
del baluarte, los moros  
le ven acercar, y hallándose  
de su furor en el colmo,  
sin medios de resistencia,  
arriman los fuertes hombros  
á las almenas, y empujan  
los sillares que, el aplomo  
perdiendo, caen por los aires  
cual si horrendo terremoto  
los derrumbase. Y es tanta  
la furia de los indómitos  
defensores que, arrastrados  
por la ruina siete ú ocho,  
al abismo envueltos ruedan  
entre piedras y entre escombros.  
¡Terrible, espantoso estrago  
en los cristianos briosos  
causa el desmoronamiento  
del torreón!.. casi atónitos  
les deja algunos instantes,  
y dudando de sí propios.  
Sobre la banda de Ponce  
desciende, al tocar el pórtico  
fatal, y veinte hombres lísis  
que al suelo caen redondos.  
Nada sirven los escudos  
del galápago; pues rotos,  
y abollados y deshechos  
bajo el peso estrepitoso  
de los fragmentos, rodando  
van en piezas por el lodo,  
con sus mal parados dueños  
en horriblo trastorno.  
Quiénes aplastados quedan  
bajo los pedruscos toscos;  
quiénes vomitan su sangre  
por oídos, boca y ojos.  
Muchos con miembros perdidos,  
dislocados por los lomos,  
y aturdidos por el golpe,  
no faltan ¡ay Dios! tampoco  
en aquel monton horrible,  
tinto de sangriento iodo  
de heridos y moribundos,  
y muertos que, ante unos y otros,  
revuélcanse entre agonías,  
convulsiones y sollozos.  
Ponce, de entre los caídos  
levantase, en sangre rojo,  
y grita: — ¡A mí los que vivan!  
¡Adentro, y Dios sobre todo!  
Y á su voz veinte valientes,  
reuniéndose de pronto,

lánzase por el postigo  
como manada de toros.  
¡Ya pisan la villa!.. pero  
los musulmanes furiosos  
al paso salen y cierran  
con Ponce y los suyos... ¡Horrido  
combate se traba!.. Y dan  
y toman á firme rostro  
la muerte... pero no cejan  
los cristianos ni un pie sólo.  
Y se aumenta la morisma  
en desórden, así como  
el revuelto río suele  
cuando las lluvias de otoño  
en avenida violenta  
sus caudales cenagosos.  
Y aparecen los cristianos  
entre ella como los troncos  
de los gigantescos pinos  
en alborotado golfo.  
¡Ay tristes!.. que los infieles  
les cercan ya, y el retorno  
les impide á sus reales...  
y de yataganas corvos  
estrechados y absorbidos  
en un remolino cóncavo,  
serán, pese á su bravura,  
muertos ó cautivos todos.

VENTURA GARCIA ESCOBAR.

## ¡UNA LAGRIMA!

Lectores míos.

Voy á confesaros una *debilidad*, que constituye mi *fuerte*. No me han gustado nunca las cosas á medio hacer: prefiero el cumplimiento á las promesas, el *toma al te daré*, la naturaleza en fruto á la naturaleza en flor, la cosecha á la siembra.

Todo esto quiere decirlo en prosa, que soy terriblemente aficionado al jamon.

Será un efecto de mi *idiosincrasia*, como diría un amigo mio, será lo que ustedes quieran, pero el hecho es que me pirro por el jamon, y que con este antecedente histórico, no han de estrañar ustedes lo que les voy á contar en confianza.

Pues bien: un jamon, mejor dicho, una jamona, mas apetitosa que todos los jamones de Estremadura habidos y por haber, una jamona que despertó en mí al momento la gula, la envidia, y todos los pecados capitales que se le puedan despertar á un cristiano... que no los tenga dormidos, va á ser la suculenta heroína de estos apuntes, que si no literarios, bien merecerian al menos el título de culinarios.

\*\*\*

¿La conocen ustedes?—No. Esta contestación me la doy yo mismo; porque si la conocieran ustedes, ni tú, lector, molletudo como Sancho Panza, ni tú que te colocas diplomáticamente las antiparras para recorrer con la vista estas columnas, ni tú que lees á hurtadillas este periódico en la oficina, ni tú, niña gentil, que aguardas con esta historia en la mano la llegada de tu galán, vivirías en esa indolencia sultanesca y provocadora, sino que estarías como yo, jadeantes, rendidos, descoyuntados, locos!

¡Vivir sin conocerla! No es vivir. ¡Vivir habiéndola conocido! Entonces la vida es más imposible todavía. Hoy aun no he respirado: aun no la he visto. Pero ya anochece: es decir, ya amanece: ya son las seis de la tarde: ya bajan por la calle de Alcalá los briosos tordos en su carruaje. Mi corazón va á saltar del pecho... ¡Es ella!

Ha pasado media hora, y ya la teneis en el Prado. á pie, codeándose con la muchedumbre; ya podré entregarme con delicia á mi cotidiana contemplación... ¡ídolo mio! ídolo pagano, que habla al alma y á los sentidos al mismo tiempo... espíritu de francesa y cuerpo de andaluza... trópico y polo Norte, fuego y nieve, espiritualista en lo sensual, y sensual en lo espiritualista... ¡fecundos treinta años!.. en una palabra, no ángel, ¡sino jamon mio! yo te amo, de rodillas, y en pie, y aun dormido y de todas las maneras imaginables...; porque eres multiforme, como el amor, porque, como la naturaleza, posees la llave de toda clase de armonías!

Pero basta de pólvora. Voy á cargar con bala. Me acerco á ella, prescindiendo de fórmulas, y figúrense ustedes si mi deseo de agradarla sería grande, que careciendo de chispa, logré entablar con ella, sin embargo, una conversacion chispeante, y llena de *sprit*, como dirian nuestros vecinos de allende los Pirineos.

De lo cómico pasé á lo sério, de lo sério á lo patético, y casi estoy por decir á ustedes que me puse *sublimado*... (sin corrosivo).

Aquella mujer tenía alma, y alma grande, apasionada, pero á la cual, herida en su primer vuelo, le habia cortado su divino plumaje, encerrándola en la



